

# Lo que no vemos ( CORONARIOGRAFIA PAROSCOPICA )

"La vida suele confundirse con la acción.  
La mayor parte de la vida humana está  
oculta".

A. Gormley

Vemos a una mujer tendida sobre una mesa de operaciones; la cabeza ligeramente ladeada; la boca tibia, turbia, estática, jadeante, incomprendible; los ojos plácidamente hundidos en sus oscuras órbitas. La mujer no está muerta, ni está desnuda; tampoco está intacta: un fino tubo de goma le sobresale de un orificio abierto en la ingle, a un costado de la antinómica realidad: vulva, chocho, pantano, abrevadero...

Vemos a un hombre acercarse desconsoladamente... y con dos de sus dedos asir la blanda manguera que se hunde, con todo su peso, en el cuerpo yacente. Lo vemos inclinarse, tomar aire, gemir, incrustar un ojo violáceo en el frío hueco de la manguera, y mirar. No vemos lo que ve, y sin embargo, lo infirmos desesperadamente. Al final del pasillo, del sangriento corredor que médicos y anatomistas denominan "arteria femoral", palpita un extraño orbe flotante —no un bulto cualquiera, no un planeta menor—, el CORAZON SOLITARIO DE TANIA BRUGUERA...

Metiendo un poco más el tubo por ese angosto, absorto corazón —bordeando los gigantescos cúmulos de sangre que suelen formarse en la cavidad coronaria cuando una simple y pasajera aflicción es elevada al rango de Dolor Inmenso—, nos tropezamos de pronto con una rara estancia cubierta de hojas, ¡de hojas reales, recortadas contra un cielo también real!... Aguzando entonces el oído, conteniendo la emoción (pegando bien la oreja al filo ominoso de la manguera para oír mejor), percibimos a lo lejos un profundo clamor, algo así como..., no sé, quizás un..., una... ¡Si (recordamos de golpe aquel estrépito en la memoria), una cascada! ¡Detrás de aquellas hojas hay una cascada: profusa, vertiginosa, indetenible como una bala!

Nos acercamos más (es decir, se acerca más la manguera, la luz en la punta y el ojo que mira), y más, y más, y más..., hasta casi rozar con el ojo las hojas y el agua. Larga, impudicamente, nos detenemos a mirar. Esto es lo que no vemos:

— Un gran torrente de agua que cae leve, implacablemente, sobre las calcinadas piedras de abajo (nuestras propias cabezas petrificadas).

— Un agua súbita, ingobernable, voluntariosa y cíclica como una ola, y al mismo tiempo lenta, imperceptible, casi detenida.

— Un líquido en perpetua ebullición que promete siempre derramarse y que nunca, nunca, lo consigue.

— Una cascada que gotea.

Pero eso, naturalmente, es lo que no vemos. Lo que vemos es otra cosa: una mujer tendida sobre una mesa de operaciones.

Ezequiel Suárez González